

MEDINA AZAHARA

CUENTO DE
SOUAD HADJ-ALI MOUHOU

Vienen.

Vuelven hacia ti para que los acojas, Medina.

Vuelven arruinados para albergarse en tus palacios en ruina. Fastuosos y altivos monumentos que construyeron sus antepasados cuando eran reyes y príncipes de tus llanuras, esos que se mecían a la sombra de los árboles, dominando desde la altura la ciudad de Córdoba.

Llegan agotados por los miles de kilómetros que han tenido que recorrer, cruzando fronteras, saltando vallas, nadando en mares y ríos, arrasando consigo bultos que han ido esparciendo por los caminos porque les pesaban tanto cuando han tenido que huir para escapar de los perros policías que les perseguían. Bienes que han dejado caer para levantar en brazos a sus pequeños mocosos por haber llorado tanto. Chiquillos que no entienden lo qué pasa a su alrededor, que corren, tropiezan y se caen sin saber por qué han tenido que abandonar sus cochecitos, sus balones y sus muñecos, y que imploran ahora para que alguien les alivie de la rudeza del suelo que pisan sus pies tan tiernos. Niños que se preguntan dónde están sus libros, que no comprenden por qué han dejado la escuela, con la bendición de sus padres, esos mismos que les despertaban cada mañana para que no faltaran a clase. No saben, solo recuerdan los estruendos de las bombas y de las balas que les caían encima. Solo se acuerdan del fuego que abrasó sus casas, tragándose los zapatos nuevos que les habían comprado sus padres y que se habían manchado con la sangre derramada por las calles; aquella bicicleta que ya no podrán usar en sus veranos desvanecidos antes de tiempo; el cuadro envuelto en papel de seda que representa a la familia unida y que iban a regalar a la abuela centenaria... Solo recuerdan, o tal vez ya no porque están sumidos en un sueño del que no quieren despertar para no volver a adentrarse en la terrible pesadilla que les persigue y que no llegan a entender, porque

son tan pequeños y están seguros de que han sido buenos como esos niños que se lo prometen a los Reyes Magos para recibir en recompensa golosinas y juguetes.

Llegan con las caras marcadas por el cansancio y el dolor, pero sonríen al acercarse a tus puertas, Medina, aunque sea para un tiempo corto, justo el necesario para que retomen sus fuerzas y sigan su camino.

No vienen a conquistarte, tú la reconquistada. Cómo podrían hacerlo cuando sus fuerzas y anhelos se han quedado en su Homs, en Daraya o en Damasco derruido. No vienen a visitarte, no es momento de visitas, ellos ya habían programado ir a Palmira antes de que fuese aniquilada. Solo vienen a pedirte que los acojas, que les des pan y agua y les dejes reposar, dondequiera, solamente un poco, para que recobren lo que les queda de fuerzas y retomen el camino para seguir vagando, con la esperanza de retornar algún día a su hogar.

Medina Azahara estaba en su memoria, triunfadora, surgida del esplendor de una época efímera, y ahora la interpelan para que se acuerde de ellos y les ofrezca cobijo para tan solo unos instantes. Donde sea, al pie de sus murallas, debajo de los arcos esculpido de sus salas imaginarias, a la sombra de algún árbol, en cualquier lugar donde puedan desahogar su pena y llorar a Aylan, pedacito de niño yerto en la playa, y a todos los que han sido despojados de su vida, de su alma, de su ser... Quieren descansar un poco, solo un poco, para poder reconstruir, aunque sea en sus sueños, lo que han perdido y está enterrado bajo los escombros de su país destrozado. Quieren poder llorar en silencio, recogerse y rezar por los que se han quedado, allá, vivos o tal vez ya muertos, quién sabe. Es lo único que reclaman por el momento. El futuro no les importa, solo quieren que les acojas ahora, Medina.

Madrid, 16 de Septiembre de 2015